

## EL COJO

**D**esde aquel último recodo todavía se alcanzaba a ver el mar. Las laderas se quebraban en barrancos grises y pardos y se allanaban a lo lejos, en eriazos verdes y azules con rodales amarillentos. Hacia arriba los cerros aparecían pelados como si la tierra estuviese descortificada en terrazas sucesivas, sin hierbas ni flores; sólo los sarmientos plantados al tresbolillo, como cruces de un cementerio guerrero. Los murallones, cubiertos de zarzamoras y chumberas, cuadriculaban la propiedad siguiendo, geométricamente, los pliegues del terreno.

La carretera serpenteaba, cuesta abajo, camino de Motril, y el polvo caminero se salía de madre: las collejas, las madre selvas, los cardos y otros hierbajos cobraban bajo su efecto un aire lunar; más lejos, los juncos se defendían sin resultado: lo verde vivo se cargaba de piedra, lo cano era sucio, pero lo que perdía en lozanía lo ganaba en tiempo: aquel paisaje parecía eterno. El polvo se añascaba por las ramas más delgadas: para quien gustase verlo de cerca parecía nieve fina, una nieve de sol, o mejor harina grisácea, molida a fuerza de herraduras y llantas, esparcida por el viento. Los automóviles levantaban su cola de polvo: por el tamaño podía un pastor entendido en mecánicas, que no faltaba, estimar el número de caballos del armatoste y su velocidad.

Desde aquel hacho se divisaba siempre una teoría de carros, camino de Málaga o, en sentido inverso, hacia Almería. Tiraban de ellos dos, tres o cuatro caballerías, mulos por lo general; todos los carros con su lona grisácea puesta, color de carretera y con el carrero durmiendo, a menos que bajara acometido de alguna necesidad o a liar un cigarrillo en compañía. Chirriaban los ejes, las piedras producían baches de vez en cuando. El carretero no suele ser hombre de cante, que es cosa de campos; aquello era el paraíso de las chicharras, es decir, el silencio mismo. No se sudaba: los poros estaban cerrados a lodo por el polvo, la piel se corría del cetrino al gris, el pelo de moreno a cano. El aire se podía coger con los dedos, de caliente y pesado. Los que van a Motril husmean el mar; los que de allí vienen no se dan cuenta de que pierden horizonte: bástales el cielo.

En aquella revuelta, vuelto el cuerpo hacia Málaga, a mano izquierda parte de la carretera un camino de herradura con sus buenos doscientos metros, empinado como él solo; viene a morir a la puerta de una casucha, chamizo o casa de mal vivir, en el sentido estricto de la palabra. Allí vivían «La Motrilería», su marido «El Cojo de Vera» y una hija de ambos, Rafaela Pérez Montalbán, único retoño de diez partos fáciles. Tan fáciles y rápidos que cuatro de ellos tuvieron por tolo las copas verdes de los olivos; lejanos de toda habitación, anduvieron huérfanos de toda asistencia: como siempre, se había equivocado de fechas. El hombre trabajaba lejos y allá iba ella con su barrigón a llevarle la comida por mediodías imposibles y banales poco propicios. Llegaba tropezando en surcos y piedras, sucia del sudor de los dolores y de su voluntad de no parir hasta volver a casa; el hastial lanzaba su maldición y su taco, cortaba el cordón umbilical con su navaja de Albacete lavada con el vino que le trajera la cónyuge para el almuerzo. La sangre corría derramada ya sin dolor, el crío se liaba en el refajo. Según donde se hallaran, el hombre se la cargaba en hombros a menos que la proximidad de algún vecino permitiese unas primitivas angarillas. Una vez en que él andaba renqueante, la

mujer volvió a pie. «Todas son iguales –solía comentar con el compadre–. No aciertan nunca.» Ella enfermó una vez y estuvo veinte días con calentura. Se le pasó por las buenas y la criatura vivió por milagro. Fue la última. En aquellos trances la madre solía ver las cosas turbias, tras una pantalla de algo desconocido que acababa por caer rodando sobre su corpiño por no hallar mejillas por donde correr.

Cetrina, vestía de negro; con los años se le había ido abombando el vientre y ahora tenía la costumbre de cruzar las manos al nivel de su cintura de manera que descansaran sobre el abultamiento de su abdomen, como sobre una repisa. Ambos eran callados y no se enteraban de las cosas fuera del área de las tierras a cultivar. A cultivar para el amo, como era natural. Los tenían por gente extraña, no extravagante, pero sí extranjera; no eran de la tierra y se habían quedado ahí, lejos del pueblo, sin contacto alguno. Vivían y no le importaba a nadie, posiblemente ni a ellos mismos.

El Cojo era pequeño, escuálido y todavía más parco en palabras que su consorte. Parecía tenerle cierto rencor a su voz porque el Cojo de Vera había sido un buen cantaor; nunca tuvo una gran voz, pero sí le salían roncos, hondos y con gracia los fandanguillos de su tierra: expresaba con naturalidad y sentimiento ese lamento amargo de los mineros de Almería. Porque había sido, a lo primero, minero. Minero de esas sierras de entraña rojiza que corren de Huercal a Baza; el polvo que respiró por aquel entonces le fue, más tarde, minando la voz cuando vivía de ella, en Málaga. El Cojo de Vera conoció su época de gloria; no había noche sin juerga ni amanecer que él no viera. Aquello duró poco, la voz se le fue muriendo. Primero se espaciaron los clientes, luego fueron bajando de categoría, el papel se fue convirtiendo en plata: los jolgorios en merenderos y aguaduchos en largas esperas en trastiendas de burdeles, perdidas en lentas conversaciones con ciegos tocadores de guitarra. Entre las risas del bureo cercano no se oía distintamente más que aquel mecánico «dame diez céntimos para el contador de

gas», seguido del sonido de hucha que hacía la calderilla al caer en el armatoste. Las mujeres eran morenas, tristes, sucias y honradas. «Tú qué te has creído, yo soy una mujer decente.» «La Peque», que por seguir la corriente solía tener fama de perversa, no bajaba casi nunca, retenida «arriba» por su clientela de canónigos y horteras. El amanecer no estaba hecho para dar lustre a las cosas. Con las primeras luces solían ir a tomar café a una plazoleta donde corrían airecillos y olía a jazmín. Se caían de sueño; los ciegos se marchaban en hilera con el bastón a la derecha, la guitarra en el sobaco izquierdo. Nadie sabe a qué menesteres hubiese bajado el Cojo cuando una noche de junio, para adorno de una juerga, se lo llevaron a Motril y lo dejaron allí, por hacer una gracia.

Dando una vuelta por el pueblo, que no conocía, se cruzó con la Rafaela y como no carecía de salero no tuvo que insistir mucho para que la chavala se fijara en él. Se quedó allá. «¿Qué haces?», le preguntaba la mocita. «Chalaneo», le respondía. Y ella se daba por satisfecha. Él seguía ganando su vida como podía: lecho no le faltaba.

Una noche en que prestaba sus servicios entre la gente de paso le reconoció un señorón de los de la tierra, don Manuel Hinojosa.

—¿Dónde te has guardado aquella voz?

—Aquello se acabó, don Manuel.

—¿Y qué piensas hacer?

El cantaor se encogió de hombros, don Manuel tenía el vino generoso y en uno de los descansos, mientras los amigos estaban «arriba», como el Cojo le hablara de la muchacha, arrastrado por la mucha manzanilla, que el rumbo de los mequetrefes descorchaba, el señorón le dijo de pronto:

—¿Quieres una colocación?

El amontillado le abrió la espita de la filantropía: aquella mañana había rechazado con mal humor el arriendo de aquella casucha, sus viñedos y sus cañaverales a varios campesinos a quienes debía algunos favores electoreros; pero ahora, de pron-

to, con el calor del alcohol en el estómago y un vago optimismo en la cabeza, le hacía gracia convertir a aquel infeliz testigo de sus jolgorios en trabajador de sus tierras, un capricho que se pagaba.

—Con tal de que tengas siempre algunas botellas de la Guita y una guitarra, por si caemos por allí...

—¿Y esa niña? ¿Es de la casa?

El Cojo puso cara seria.

—No, hombre, no, ya sabes tú que yo no...

En efecto, aquel hombre acompañaba a los amigos, era buen pagador de escándalos, pero su condición de acaudalado le permitía mantenerse aparte de ciertos contactos que por lo visto juzgaba poco en armonía con sus posibilidades. Esos aires de superioridad, de juez de los divertimientos ajenos y árbitro de los placeres, que pagaba el vino y a veces hasta las mujeres, le proporcionaban andar siempre rodeado de una corte de aduladores capaces de las más extraordinarias bajezas. Nunca consideró como hombres a los seres que le rodeaban.

—Es una chica decente —dijo el Cojo con cierta vergüenza. El amo se echó a reír. Aún le duraban los hipos y los borborismos cuando bajó el tropel de sus falseadores.

Y allá se fueron, después de las bodas, el Cojo de Vera y la Motrilería; el trabajo era duro y más todavía para él que había olvidado en pocos años lo que era el mango de una herramienta y no había conocido apero. El sueldo, de seis reales al día. No se quejó nunca, pero amaneció mudo y se le fue ensombreciendo el rostro como a ella, que como mujer leal se le fue pareciendo a medida del tiempo pasado; y así fueron paridos al azar de las piedras hasta nueve varones y una hembra. El más chico murió de cinco años atropellado por un automóvil que desapareció sin rastro. Los entierros fueron las faenas más desagradables de todos esos años.

Allá a la derecha quedaba Nerja; el mar de tan azul destefía sobre el cielo. Aquello era el río de la Miel. La costa era abrup-ta, pero sin festón de espuma: la mar se moría de quieta. Las

rocas y los peñascos se podían ver los pies limpios, dándoles mil colores a las aguas. Las barcas, con su vela terciada, entreabrían sus caminos. Veleros pequeños, peces pequeños, vida pequeña, miseria bajo un cielo unicolor. Monotonía terrible, falta de agua, sólo los geranios rompían lo uniforme y crecían a la buena de Dios. Sobre las trébedes los pucheros de barro, y, con el espinazo roto, aventar las brasas. Las berzas, el gazpacho y demasiado pan. Así un día y un año y otro. Las cañas de azúcar se escalofrían en los aires y silban. Mirando a lo alto, hacia la derecha, los olivares y los espartales: el polvo; más arriba la sierra entre azules morada; abajo todo es parduzco, gris sin color, verde patinado. Allá enfrente se adivina Málaga con un ruido de vida olvidada. La vida cae como el sol, entontece. Trabajar, sudar, sentarse en las piedras cuando no hacen sombra, a esperar, bajo el olivo más cercano o en el jorfe más propicio, que le traigan a uno el almuerzo, idéntico al de ayer. Ni ella se acuerda del nombre del Cojo de Verã ni él del de ella. Ya no se hablan casi nunca, los ojos se les han vuelto pequeños porque ya no tienen qué mirar. Viven en su noche. La Virgen de las Angustias lo preside todo con manso amor.

El Cojo, de vez en cuando, le echa unas miradas a la niña. ¿Cómo ha crecido? ¿Cómo han podido pasar esos dieciocho años? La medida del tiempo se la dan cepas, olivos y cañas, el metro humano se le escapa y sorprende. Se le menean las teticas que deben ser blandas. El padre corta con su navaja su pan de almodón, mira sin ver hacia la almarcha. ¿Cómo han pasado esos dieciocho años? No se contesta. Mira el surco que acaba de trazar: ¿le dejará el amo plantar tomates? Ya le dijo que no, pero él piensa insistir y si se vuelve a negar los plantará de todas maneras; nunca viene por aquí. Masca la pitanza con sus dientes blanquísimos. «No podré pagar si no planto los tomates y el señor tiene a menos que su tierra los produzca.» «Eso es bueno para los que no tienen extensión y quieren que una farena les dé un poco de todo. Yo no soy de esos.» Pasan unos grajos gañendo. «Tendré que ir a cerro Gordo...»

Por una historia de lóriga saltada apareció por allí un Juan Pérez cualquiera, carrero de Vélez-Málaga. Un tanto harbullista y fandanguero el mozo, pero su misma media lengua le da un toque gracioso. Se acostumbra a descansar unas horas en la casucha, cada diez o quince días, al paso.

Se encaprichó con la moza y la moza de él; las cosas vinieron rodadas. A los padres no les pareció mal (se entendieron con un gruñido y un encogerse de hombros) y los casaron. La chica hace tiempo que tenía ganas de saber cómo era «eso». Debía de correr por entonces la Navidad de 1935. La niña se fue con su marido a vivir a Vélez-Málaga. Sus padres se quedaron en el recodo esperando la muerte. Los enterrarían en la hoyanca de Nerja; el camino era largo, hacía tiempo que él no lo había hecho, pero, ¡por una vez! De la proclamación de la República se habían enterado sin comentarios; de lo de Asturias ya se había hablado más, el yerno mismo y Alfredo, el Pescadilla, el carrero que bajo su lona les traía las pocas cosas que necesitaban. Le llamaban el Pescadilla porque, a veces, si la casualidad lo quería, solía traer pescado para venderlo a su clientela. En su carromato se encontraba de todo: botijos, velas, chorizos, palillos, criollas, lendreras, papel de escribir y de adorno, jabón y cintas de colores, azafrán, pozales, toallas, horquillas y perfumería, broches y espejos, neceseres y todos los encargos que le hubiesen hecho la semana anterior. Al Cojo todo aquello de la República y la revolución no le interesaba. Él no era partidario de eso. Las cosas como eran. Si así las habían hecho, bien hechas estaban y no había por qué meterse en honduras. Eso era cuestión de holgazanes. Él —que vivió lo suyo— lo sabía. Que cada uno coma su pan y que no se meta donde no le llamen. Los señoritos son los señoritos. Ya sabemos que son unos tontainas; veinticinco años después, el Cojo seguía teniendo el mismo concepto del mundo que cuando vivía en la promiscuidad de los prostíbulos malagueños. No se podía figurar el mundo ordenado de otra manera. Y en el fondo le quedaba un resquemor contra sus primeros camaradas,

los mineros, que, al fin y al cabo, le habían estropeado la voz, produciendo tanto polvillo rojo «que lo penetraba todo». La madre ni siquiera oía, encapazonada bajo el techo de sus paritos y sus ropas negras. Una mañana, allá por agosto del 36, vinieron dos hombres del pueblo a quienes conocían apenas, con escopetas de caza al hombro. «Salud.» «Hola.» «El Comité te ha asignado esta tierra, desde la cerca aquella al barranco: del barranco para allá la debe de trabajar Antonio, el Madera.» «Ya has tenido suerte, había quien quería dejarte fuera de la colectividad.» «Tienes que bajar al Comité.» Y se fueron. El Cojo se encogió de hombros y siguió haciendo su vida de antes, como si nada hubiese sucedido. Una mañana se encontró con el Cuchipato. «¿Qué haces aquí?» «Esta tierra es mía.» El Cojo le miró con desprecio. «¿Es que don Manuel te la ha vendido?» El hombre dijo: «Bien». Y le volvió la espalda. Le llamaban el Cuchipato porque andaba un tanto despatarrado.

Se lo llevaron a la mañana siguiente entre dos escopetas de caza, terciadas en las espaldas. Los cañones relumbraban al sol. Bajaron hacia el pueblo; había dos kilómetros de buena carretera. Uno de ellos, el que iba a la derecha dijo: «Bueno está el campo del Francés». Los otros asintieron sin palabras. Hacía demasiado calor para hablar. Al Cojo no se le ocurría gran cosa, andaba, se daba cuenta de que sus miembros acogían con gratitud aquel paseo. «Y si me matan, qué más da, para lo que le queda a uno de vida. Ya me he levantado, me he vestido, he comido, trabajado y dormido bastante. Tanto monta la fecha del se acabó. Sí, el Francés siempre cuidó bien su campo, pero ya lo he visto muchas veces, qué más da no volverlo a ver. Además, no me van a matar.» Se le metió una guija en la alpargata, dobló la pierna y la sacó. Los otros, cinco metros más abajo, esperaban.

—Ya podía el tío Merengue tener esto más decente —dijo el Hablador—, el de la derecha.

En esto llegaron al pueblo. En una plazoleta donde crecían seis acacias cercadas por una tira de ladrillos estaba la casa del

Conde. Una casona enlucida con un portalón y dos rejas que ocupaba todo un lado de la plaza. El sol la apuntaba con un prisma de sombra. En el zaguán enlosado con lanchas sombrías estaba reunido el Comité. Era donde corría más el aire. Un botijo, en el suelo, parecía un gato acurrucado. Esperaron un momento, al soslayo de la sorpresa del cambio de temperatura, el sudor, de pronto, adquiría calidad de parrilla helada.

—Hola, Cojo —dijo uno de los que estaban sentados alrededor de la mesa—. Siéntate.

El hombre obedeció. El Comité lo formaban cinco hombres a quienes el Cojo conocía vagamente; tres de ellos estaban en camiseta, los otros en mangas de camisa.

—¿Dicen que no quieres la tierra que te ha tocado?

El enjuiciado se encogió de hombros.

—¿Por qué?

Hubo un silencio y el más gordo dijo con sorna:

—Le tiene miedo a la guardia civil.

Y otro:

—Es un esquirolo de toda la vida.

Y el Cojo:

—No es verdad.

El que estaba sentado en medio atajó:

—Tú eres un obrero, has trabajado bien esa tierra, es natural que te corresponda, ¿comprendes?

El Cojo gruñó. El gordo intervino:

—Me alegro poder decírtelo en la cara, Cojo, como lo dije hace unos días en el Sindicato: eres un mal bicho y lo que hay que hacer contigo es lo posible para que no hagas daño.

—Yo no me he metido con nadie.

Y el Presidente:

—Por eso, por no meterte con nadie, por aguantarte, por cobardía, es por lo que el mundo anda como anda. Si todos fueran como tú, los amos seguirían siendo siempre los amos —y añadió, dándose importancia—: La propiedad es un robo.

—Ya lo sé —comentó el Cojo—. No soy tan tonto.

—Tu ex-amor, don —y recalcó el calificativo— Manuel Hinojosa está con los rebeldes; nosotros nos repartimos sus tierras para trabajarlas en pro de la colectividad.

El Cojo ya no comprendía nada, estaba como borracho; sentía una barra pesada en la frente.

—Y porque queremos que todos los trabajadores participen en los beneficios de la reforma, hemos decidido darte tu parcela sin tener en cuenta que nunca has querido nada con nosotros. Tampoco has estado en contra, hay que reconocerlo.

Hubo una pausa. El que debía ser presidente se levantó:

—¿Aceptas tu tierra o no?

El Cojo cogió un palillo que se le había caído de la cintura al suelo, se levantó y dijo:

—Acepto.

Y el Presidente:

—Pues ya estás andando.

Cuando hubo salido se enzarzaron en una discusión:

—Siempre estaremos a tiempo —sentenció el gordo.

El Cojo echó hacia arriba, las manos tras la espalda, en una posición que le era familiar, poco corriente entre campesinos y que quizás no era extraña a la fama de raro que tenía. Miraba la carretera: el polvo y las piedras. «La tierra es mía, me la dan.» Se paró un segundo. «Me la dan porque la he trabajado, sin que tenga que rendir cuentas. Claro, si yo no hubiese estado allí veinticinco años la tierra se hubiese podrido; lo que es mío es el trabajo. No la tierra, lo que produce.» Se volvió a detener. «Pero si yo no hubiese trabajado la tierra me hubiesen despedido y hubieran puesto a otro en mi lugar. Entonces, claro está, la tierra debiera ser de ese otro.» Volvió a echar adelante más ligero. «Si quiero la puedo dejar en barbecho.» Se rió. «Sin comprarla, sin heredarla.» Pensó en su mujer y se extrañó de ello. «Plantaré tomates. Don Manuel se opuso siempre. Decía que las viñas se podían estropear. ¡Qué terco era! Sí, tomates.» Tropezó con una piedra y la apartó del camino. Refrescaba, llegaba el viento en rachas, cargado de mar, levantan-

tando polvo. «Hace demasiado calor para la fecha en que estamos. ¿Qué día es hoy? No sé, pero sin embargo es un día importante. Desde ahora soy propietario.» La palabra chocó en su pecho, le molestaba. No quiso acordarse de ella y, sin embargo, se la notaba en la mollera, como una piedra en la alpargata. «Habrás que trabajar más. Sí, era evidente; además, él podía hacerlo. Desde mañana, no, desde aquella misma tarde, tan pronto como llegara». Apretó el paso. «Ya se lo habían dicho, ¿o no?, de eso no le dijeron nada, ¿no dijo el Miguel que ahora trabajaría para todos?» No se acordaba; de aquella conversación en el zaguán se le había borrado todo, sólo prevalecía una cosa: había aceptado la tierra. Él comprendía que trabajando para él trabajaba para todos, ¿se lo había dicho alguien alguna vez? No lo acababa de comprender, pero sentía que esa idea estaba bien y le tranquilizaba. Se paró a mirar el paisaje; no lo había hecho nunca, nunca se le hubiera ocurrido pararse a mirar una tierra que no tuviese que trabajar. Ahora descubría la tierra; le pareció hermosa en su perpetuo parto. Allí, a lo lejos, unos hombres la herían cuidándola. Le dieron ganas de correr para llegar antes. Se reprendió. «Dejémonos de tonterías», y pensó algo que nunca le vino a la imaginación: «Si tuviese uno veinte años menos...». ¿Qué traía el aire? Le acometieron ganas de fumar y se las aguantó para no perder tiempo. Sin darse cuenta ya estaba en el caminejo de su casa.

La mujer no dijo nada al verle entrar. Le miró y él huyó los ojos. Ahora —iba de descubrimiento en descubrimiento— se dio cuenta de que había perdido la costumbre de hablarle, y que le era difícil así, de buenas a primeras, darle la noticia. Se quedó plantado en medio de la habitación.

Ella: —¿Qué te querían?

Él: —Nada.

Estuvo a punto de contestar: «Nos dan la tierra». Ella, que estaba a medio agachar, se quedó inmóvil esperando más palabras; pero el Cojo se calló y ella se enderezó poco a poco.

—Ah —dijo, y no hablaron más.

Él salió al quicio de la puerta y se estuvo quieto, mirando, mucho tiempo. En las esquinas de sus ojos había unas lágrimas que por no saber su obligación se quedaron allí, secándose al aire frío de un otoño ya en agonía. La mujer vino arrastrando una silla y se sentó en el umbral. El Cojo se acordaba de aquellos hombres de los cuales nunca había hecho caso: anarquistas y socialistas, y que ahora le daban la tierra. Sentía, de pronto, un gran amor hacia ellos: no se le ocultaba que aquel agradecimiento era interesado, pero comprendía que, a pesar de todo, aquel sentimiento era puro. Le remordían ciertos chistes, el desprecio. «¡Si lo llego a saber! Pero, ¿cómo lo va uno a saber? ¿Quién me lo iba a decir?, no había quien me lo explicara...» La mujer rompió los silencios —el suyo y el de ella.

—Si vienen los otros...

El hombre no contestó. No vendrían, y si venían a él no habría nadie que le quitara la tierra. Era suya, se la sentía subir por la planta de los pies, como una savia. Tan suya como sus manos, o su pecho, más suya que su hija.

—Que vengan —dijo, y se sentó en el suelo.

Al entrecruzar las manos sobre las rodillas se acordó de las ganas de fumar que había pasado subiendo del pueblo y que luego se le habían perdido en la concatenación de sus ideas. Con toda calma sacó su petaquilla de Ubrique, deforme, pelada (la había comprado al cosario hacía diez o doce años) y pausadamente lió un cigarro rodando con ternura la hierba en el papel a favor de los pulgares sobre los índices, lo pegó con lentitud humectándolo de izquierda a derecha con un movimiento de cabeza, se lo echó a la esquina siniestra de la boca, sacó el chisquero, encendió a la primera. Recostó la espalda en la pared, y aspiró hondo, se quemó el papel, prendió el tabaco, la boca tragó el humo: era su primera bocanada de hombre, el primer cigarro que fumaba dándose cuenta de que vivía. Por lo bajo, con su voz atelarañada, empezó a cantar hondo. Mil ruidos de la tierra le contestaban: era el silencio de la noche.

Pasan los días; en una parata, recostado en un acebuche, el

Cojo fuma unos pitillos delgaduchos, deformes, como sus dedos; no piensa en nada; el sol le llega a través de una chumbera subida en el borde del bancal inmediato.

«Aquellos sarmientos que planté hace tres años y que se dan tan bien... ésos son más míos que los otros. De eso no hay duda porque don Manuel no sabía nada de ello. No me recibió, hace dos años, cuando se lo fui a decir.» Rompe una tijereta y la lleva a la boca, masca su sabor agraz. Baja después la mano a la tierra, la tiente: es una tierra dura, difícil de desmoronar, seca, un poco como yo —se le ocurre— y de pronto querría verla transformada en tierra de pan llevar, rica, henchida de savia trigueña, llena a reventar. Acaricia la tierra, la desmenuza en la palma de su mano. La soba como si fuese el anca de una caballería lustrosa. Nota cómo el olivo le cubre la espalda, le resguarda.

Le entran ganas de ir a perderse por trochas y abertales, pero le basta con el deseo. Al abrigo del jorfe crece una mata de tamujo, la alcanza con el pie y juega a doblar el mimbre. La tierra sube por todas partes: en la hierba, en el árbol, en las piedras, y él se deja invadir sin resistencia notando tan sólo: ahora me llega a la cintura, ahora al corazón, me volveré tarumba cuando me llegue a la cabeza.

A la caída de la tarde todo es terciopelo. El Cojo vuelve con el azadón al hombro; se cruza con el Cuchipato: «Hola, hola». Cuando les separan más de diez metros, el Cojo se vuelve y le interpela:

—Oye, ¿dónde puedo encontrar una escopeta?

—Pídesela al Comité.

Se fue para allá.

—¿Qué quieres?

—Un arma.

—¿Para qué?

—Por si acaso...

—No tenemos bastantes para la guerra.

—¡Qué le vamos a hacer!

Y se vuelve para su tierra.

Una mañana aparece por allí la hija, con un barrigón de ocho meses.

—¿Y tu marido?

—Por Jaén. De chófer. En el batallón X...

—¿Y tú estás bien?

—Bien.

—Eso es bueno.

La madre se afana:

—Dicen que vienen.

La hija:

—Sí, moros e italianos.

El padre:

—¿Por dónde?

—Por Antequera.

El padre:

—Aún falta. No llegarán aquí.

La madre:

—No sé por qué.

El padre la mira y se calla, casi dice: «Porque la tierra es mía...».

La madre y la hija se pasan el día sentadas en el talud de la carretera pidiendo noticias a todo bicho viviente. Pasan y repasan autos, pronto se notan que van más de Málaga a Almería que no al contrario. Los días pasan... —¿No tienes fresco? —le pregunta de cuando en cuando. —No se preocupe, madre. No saben qué esperan. Allí viene un burro; en él montada una mujer con un niño en los brazos; detrás con una vara en la mano, un gañán cubierto con fieltro verde, de viejo y negro. Les interpelan al paso:

—¿De dónde sois?

—De Estepona.

—¿Vienen?

—Dicen que sí, y que lo queman todo.

Ya están lejos. El Cojo, allá abajo, no sale del majuelo; la ca-

retera va adquiriendo una vida nueva: corriente. Poco a poco ha ido creciendo su caudal, primero fueron grupos, ahora es desfile. Y los hombres atraen a los hombres: se puede dejar pasar indiferente una comitiva, no un ejército.

A la mañana siguiente el Cojo subió a la carretera y se estuvo largo tiempo de pie, mirando pasar la cáfila. Venían en islotes o archipiélagos, agrupados tras una carretilla o un mulo: de pronto aquello se asemejó a un río. Pasaban, revueltos, hombres, mujeres y niños tan dispares en edades y vestimenta que llegaban a cobrar un aire uniforme. Perdían el color de su indumentaria al socaire de su expresión. Los pardos, los grises, los rojos, los verdes se esfumaban tras el cansancio, el espanto, el sueño que traían retratado en las arrugas del rostro, porque en aquellas horas hasta los niños tenían caras de viejos. Los gritos, los ruidos, los discursos, las imprecaciones se fundían en la albórbola confusa de un ser gigantesco en marcha arrastrante. El Cojo se encontraba atollado sin saber qué hacer, incapaz de tomar ninguna determinación, echándolo todo a los demonios por traer tan revuelto el mundo. Los hombres de edad llevaban a los críos, las mujeres con los bártulos a la cintura andaban quebradas, las caras morenas aradas por surcos recientes, los ojos rojizos del polvo, desgrednadas, con el espanto a cuestras. Los intentos de algunos niños de jugar con las gravas depositadas en los bordes de la carretera fracasaban, derrotados implacablemente por el cansancio pasado y futuro. De pronto la sorda algarabía cesaba y se implantaba un silencio terrible. Ni los carros se atrevían a chirriar; los jacos parecían hincar la cabeza más de lo acostumbrado como si las colleras fuesen de plomo en aquellas horas. Lo sucio de los acalamones de cobre en las anteojeras daba la medida del tiempo perdido en la huida. Los hombres empujaban los carromatos en ese último repecho; las carretillas, en cambio, tomaban descanso. Las mujeres, al llegar al hacho, rectificaban la posición de sus cargas y miraban hacia atrás. De pronto, el llanto de los mamones, despierto el uno por el otro. Una mujer intentaba seguir su camino con



un bulto bajo el brazo derecho y un chico a horcajadas en su cintura mantenido por un brazo izquierdo, cien metros más allá lo tuvo que dejar: se sentó encima de su envoltorio, juntó las manos sobre la falda negra, dejó pasar un centenar de metros de aquella cadena oscura soldada por el miedo y el peso de los bártulos; echó a andar de nuevo arrastrando el crío que berreaba.

«No puedo más, no puedo más.» Ahora pasaba algún coche; dos camiones plegaban jadeando, en segunda, desembragaban al llegar allí y seguían en directa; ese silencio, de una marcha a otra, era como un adiós al mar. Se veían los vendajes de algún herido, el rojo y negro de los gorros de la F.A.I. El terror se convertía en muerte, las hileras de gente en multitud. El Cojo bajó a la casa y dijo a las mujeres:

—Tenéis que marcharos.

—¿Y tú?

—Yo me quedo.

No protestaron, y con un hatillo se unieron al tropel. Les empujaba algo que les impedía protestar, huían por instinto, porque sabían que aquello que llegaba era una catástrofe, algo antinatural, una mole que los iba a aplastar, un terremoto del que había que apartarse a cualquier precio así se fuese la vida en la huida misma. «Mi padre que vivía en Ronda...» «Lo fusilaron sin más.» «No dejan ni rastro.» «Y llegaban y robaban.» Lo poco que se oía eran relatos, comentarios ni uno, o, a lo sumo, un «no lo permitirá Dios» airado salía de una desdentada boca de mujer. Los autos se abrían surcos a fuerza de bocina, la gente se apartaba con rencor. Mas ya no se corría y contestaba vociferando a los bocinazos. Por otra parte los coches se convertían en apiñados racimos que los frenaban. Alguno intentó pasar y el barullo acabó a tiros. La gente se arremolinó alrededor del vehículo. Un hombre subido en el estribo, colgado el fusil en el hombro, una pistola del 9 largo en la mano, vociferando: «Compañeros...». El coche, sin freno, echó a andar hacia atrás y fue a hincarse veinte metros más abajo, sin

violencia, en el talud. El hombre lanzó un reniego y siguió a pie. Tumbado sobre el volante, el conductor, muerto.

Al dar la vuelta y perder de vista el mar, la multitud se sentía más segura y aplacaba su carrera. Se veían algunos grupos tumbados en los linderos de la carretera. El Cojo seguía de pie viendo desfilar esa humanidad terrible. Pasaron unos del pueblo y viendo al Cojo ahí plantado:

—¿Vienes?

—No.

—Es que llegan.

—Si me habéis dado la tierra es por algo. Y me quedo.

Lo interpretaron mal, pero uno dijo: «Déjalo», y siguieron adelante.

Ahora, de pronto, pasaba menos gente; el Cojo se decidió a volver a su casa. Hacía una temperatura maravillosa. De bancal en bancal se iban cayendo las tierras hasta las albarizas tiñéndose de espalto. Cerca de su chamizo se encontró con tres milicianos.

—Hola, salud.

Se oyó el motor de un avión, debía de volar muy bajo, pero no se le veía. Al ruido del motor levantaron la cabeza una veintena de hombres tumbados tras las bardas del jorfe. De pronto se le vio ir hacia el mar. El motor de la derecha ardía. El trasto planeó un tanto y cayó hacia el agua. Al mismo tiempo dos escuadrillas de ocho aparatos picaron hacia el lugar de la caída ametrallando al vencido. Luego cruzaron hacia Málaga. A lo lejos sonaban tiros.

—Si fuésemos unos cuantos más... de aquí no pasan.

—Si ellos no quieren...

—No digas tonterías. Blázquez me ha asegurado que han salido anteayer tropas de Jaén y que de Lorca han llegado a Guadix tres mil hombres. De Almería ya habían salido antes.

—Yo no creo...

—Cállate.

El que hablaba parecía tener cierto ascendiente sobre los demás. Le preguntó al Cojo:

—¿Tienes agua?

Cambió de tono.

—Es para la ametralladora.

El Cojo contestó que sí, y añadió sin darse él mismo cuenta de lo que decía:

—Si tenéis un fusil, yo tiro bastante bien.

—¿Cómo lo sabes?

—De cuando serví al Rey.

—¿A qué partido perteneces?

—A ninguno.

—¿A qué Sindicato?

—A la C.N.T.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses.

Lo dijo sin vergüenza. Entre los milicianos había uno del pueblo y terció en la conversación.

—Es un tío atravesado; un correveidile del antiguo dueño de estas tierras. Yo no le daría un arma. Más bien le daría con ella. A lo mejor nos pica por detrás. No te fíes.

El otro le preguntó:

—¿De quién es la tierra ahora?

—Suya.

—¿Cuál?

—Ésta.

—Que le den el fusil. Y tú —le dijo al Cojo— ponte aquí, a mi lado.

Distribuyó a la gente por los banales que dominaban la carretera, fuese a emplazar la ametralladora cien metros más arriba. Envío a uno con un parte a otro grupo que, según dijo, les cubría la derecha.

—Vosotros en las hazas, lo más pegado a la tierra que podáis. ¿Qué distancia hay de aquí allá abajo?

—Kilómetro y medio, más o menos.

—Entonces ya lo sabéis, el alza al quince.

Y como el Cojo se hiciera un lío, él mismo se lo arregló.

Esperaron. La carretera estaba limpia de gente. Un camión había volcado sin que ninguno se diera cuenta; una carretilla, abandonada y vuelta al revés, hacía girar su rueda como si fuese un molinete. Empezaron a caer obuses hacia la derecha. Olía a tomillo. El Cojo se sobrecogió, notó cómo le temblaban sus escasos molledos, sin que el esfuerzo que hizo para tener mando sobre ellos le diese resultado. Sin embargo, no sentía ningún miedo. Con espacios regulares, el cañón disparaba. El Cojo se puso a contar entre un disparo y otro para ver de darse cuenta de cuánto tardaba. Se hizo un lío. Intentó hundirse más en la tierra. Por vez primera la veía tan de cerca y descubrió cosas asombrosas en sus menores rendijas. Las hierbas se le convertían en selva, unas collejas próximas, con sus tallos ahorquillados, le parecían monstruos fantásticos. El olivo que tenía a la izquierda y que ahora adivinaba inconmensurable, le protegía. De eso tuvo la sensación muy exacta. Disparó tres tiros sobre algo que se movía a lo lejos y alcanzó luego la cabezuela de una margarita; descubría dos mundos nuevos. Pensó en la paz y palpó la tierra acariciándola. Giró el cerrojo, tomó un cargador y realizó la carga con mayor seguridad y rapidez que antes. Su compañero de la izquierda le miró riendo.

—¿Qué, bien?

—Bien.

Unas balas pasaron altas segando unas ramillas de olivo. La ametralladora de la derecha empezó a funcionar. Allá, mucho más lejos, entró otra en acción.

—De aquel recodo —dijo el compañero— no pasarán.

Carretera adelante el éxodo continuaba. La Rafaela y su madre andaban confundidas con la masa negra.

Sobre el llano no había más líneas verticales que los postes del telégrafo. De pronto, desde allá abajo vino un alarido:

«¡Que vienen!». La gente se dispersó con una rapidez inaudita; en la carretera quedaron enseres, carruajes y un niño llorando.

Llegaba una escuadrilla de caza enemiga. Ametrallaban, a cien metros de altura. Se veían perfectamente los tripulantes. Pasaron y se fueron. Había pocos heridos y muchos ayes, bestias muertas que se apartaban a las zanjas. El caminar continuaba bajo el terror. Una mujer se murió de repente. Los hombres válidos corrían, sin hacer caso de súplicas. Los automóviles despertaban un odio feroz. La Rafaela se había levantado con dificultad. Su madre la miró angustiada.

—¿Te duele?

La hija, con un pañuelo en la boca, no contestaba. «¡Que vuelven!» La Rafaela sufría tanto que no pudo hacer caso al alarido que un viejo le espetaba, diez metros más allá.

—Acuéstese, acuéstese.

Agarrada a un poste de telégrafo, espatarrada, sentía cómo se le desgarraban las entrañas.

—Tumbate, chiquilla, tumbate —gemía la madre, caída. Y la Rafaela de pie, con el pañuelo mordido en la boca, estaba dando a luz. Le parecía que la partían a hachazos. El ruido de los aviones, terrible, rapidísimo y las ametralladoras y las bombas de mano: a treinta metros. Para ellos debía ser un juego acrobático. La Rafaela sólo sentía los dolores del parto. Le entraron cinco proyectiles por la espalda y no lo notó. Se dio cuenta de que soltaba aquel tronco y que todo se volvía blando y fácil. Dijo «Jesús» y se desplomó, muerta en el aire todavía.

Los aviones marcharon. Había cuerpos tumbados que gemían y otros quietos y mudos; más lejos, a campo traviesa, corría una chiquilla loca. Un kilómetro más abajo el río oscuro se volvía a formar; contra él se abrían paso unas ambulancias; en sus costados se podía leer: «El pueblo sueco al pueblo español». Hallaron muerta a la madre y oyeron los gemidos del recién nacido. Cortaron el cordón umbilical.

—¿Vive?

—Vive.

Y uno que llegaba arrastrándose con una bala en el pie izquierdo dijo:

—Yo la conocía, es Rafaela. Rafaela Pérez Montalbán; yo soy escribano. Quería que fuese chica.

Uno: —Lo es.

El escribano: —Y que se llamara Esperanza.

Y uno cualquiera: —¿Por qué no?

El Cojo se enriscaba en la tierra, sentía su cintura y su vientre y sus muslos descansar en el suelo y su codo izquierdo hundido en la tierra roja. A la altura de su pelo llegaban dos pedruscos pardos sirviéndole de aspiller. Tenía el fusil bien metido en el hombro, apuntaba con cuidado. El disparo se le clavaba en el hombro y repercutía en la tierra a través de su cuerpo. Y él notaba cuánto se lo agradecía. Sentíase seguro, protegido, invulnerable. Cada disparo llevaba una palabra a su destinatario. «Toma. Toma y aprende.» Iba cayendo la tarde. Las ametralladoras seguían tirando ráfagas. El compañero le dijo:

—Tú quédate ahí.

Los disparos se espaciaban. El Cojo buscaba una palabra y no daba con ella: defendía lo suyo, su sudor, los sarmientos que había plantado, y lo defendía directamente: como un hombre. Esa palabra el Cojo no la sabía, no la había sabido nunca, ni creído que se pudiera emplear como posesivo. Era feliz.

Aub, Max. "El Cojo," Trans. Alan A. Gonzalez-Arauzo. *The Humanities: Cultural Roots and Continuities*. Ed. Mary Ann Frese Witt. Vol. 2. Lexington, Mass.: D.C. Heath, 1980. 298-07.

early life leading to his becoming a sharecropper, the story deals with the awakening in this ignorant, defeated man of a new dignity that brings with it also a sense of fraternity and a consciousness of social responsibility. The translation is by Alan Gonzalez.

MAX AUB

### *El Cojo*<sup>1</sup>

You could still make out the sea from the last bend. The foothills split into gray and dun gullies and flattened out in the distance, making way for green and blue fallow fields with occasional yellow patches. Looking up, the hills were bare, as if the crust had been hewn in successive terraces, devoid of grass or flowers; only the vines, in offset rows, like crosses in a warriors' burial ground. Partition walls, covered by brambles and cacti, squared off in geometric patterns following the folds in the land.

The road snaked down towards Motril and the dust settled on everything. Honeysuckle, thistles, and a variety of other weeds took on a vague lunar air. Further off, the reeds put on a brave, if futile, struggle. Live greenery seemed stone laden; the whiteness was dirt, but what was lost in freshness was gained in time: the landscape appeared eternally durable. Successive layers of dust collected on the finest twigs: closely observed, it looked like finest snow, a sunny snow, or rather, grayish flour ground by hooves and by wheels, broadcast in the wind. Comet-like, motorcars grew a tail of dust; by its size, a knowledgeable shepherd could guess at horsepower and speed.

From that vantage point, one could always see a procession of carts towards Málaga or, in the opposite direction, towards Almería. Two, three or four animals pulled them, usually mules; every cart had its grayish

<sup>1</sup> Literally, the Gimp. Nicknames have been translated when English offered an adequate equivalent (Splayfoot, the Gabber). When translation was inadequate, the original was preferred: such was the case with La Motrilerá (the woman from Motril) or Tío Merengue (Old Meringue). *El Cojo* is used for the protagonist because the repeated use of "gimp" throughout the story would give a facetious, pejorative connotation absent in the original.

canvas, same color as the road, the driver asleep, unless he had need to relieve himself or to socialize and roll a cigarette. Axles squeaked; the stones rose on the road as obstacles. Drivers are not singing men: that is for plowmen; the land was a paradise for cicadas, that is to say, for silence. You could not sweat: dust stopped the pores; the skin changed from sallow to gray; the hair, from brown to white. You could hold the air between your fingers, it was that hot and heavy. If you traveled to Motril, you could nose the sea; on the way back, you could not realize that there was no horizon; the sky was enough.

On that bend, to the left as you look to Málaga, begins a footpath about a sixth of a mile, climbing steeply. It dies at the door of a hut, shack or bare dwelling, in the strict sense of the word. Its inhabitants were "La Motrilerá," her husband, "El Cojo de Vera," and their daughter, Rafaela Pérez Montalbán, their only offspring after ten easy deliveries. So easy and fast had they been that four of them had come under the green fronds of the olive trees. Far from other human habitation, they had been unencumbered by any assistance. The timing was always off. The man worked far away and she would go, heavy with child, to bring him his lunch under the midday sun crossing the craggy slopes. Tripping over furrows and rocks, she'd arrive, dirty from the sweat of labor and of her determination to hold back the new life until she got home; the man would blaspheme and curse, and cut the umbilical cord with his jack-knife, washing it in the wine that the woman had brought for his lunch. The blood would flow, spilling now without pain; she swaddled the child in her shawl. He would then cart her back on his shoulders unless, depending on the place, a neighbor's presence allowed the use of an improvised stretcher. Once she'd had to return on foot, when he was limping badly. "They're all the same," he would comment to the godfather. "Never right in their predictions." Once she got sick and had a twenty-day fever. It eventually went away and the child miraculously lived. It was the last one. Under stress, the mother would despair, her eyes blinded by the tears that would fall directly on her clothes, missing her sunken cheeks.

Her skin was sallow, and she dressed in black. Her belly had grown steadily with the years and she had

fallen into the habit of crossing her hands at waist level, resting them on the shelf-like corpulence.

They were both quiet people, ignorant of anything beyond the limits of the land on which they worked. They worked for the master, as was expected. They were looked on as strangers; they had come from somewhere and had stayed there, far from the village, out of touch. They simply lived, and no one gave a damn for them.

He was small, shriveled and more taciturn than she. He seemed to hold something against his voice. El Cojo de Vera had been a good singer; he had never had a great voice but he'd had a knack for putting across the *fandanguillos* of his region in his deep, thick voice, with the natural grace and feeling adequate to the bitter lament of the Almería mining chants. That had been his first occupation: miner, in the red hills running from Huercal to Baza. The dust that he had then breathed had undermined his voice later, when he made a living as a *cantaor*,<sup>2</sup> in Málaga. El Cojo de Vera had known his day of glory; he had known many nights of revel lasting through the dawn. But not for long, as his voice weakened. First, his clients had thinned out; then, they were less distinguished; instead of folding money, they paid in coin; his services were no longer required in classy parties, at inns and cafés; instead, he had long waits at the back doors of brothels, engaging in long conversations with blind guitarists to while away the hours. The women were dark, sad, dirty and honest. Among the noise and laughter of the revel, you could hear from time to time, with mechanical insistence: "Don't get any ideas; I'm a decent woman." The "Baby," who had a reputation for heartlessness, hardly ever came down as she was kept busy by her customers, petty clerics and store clerks. Dawn would put a tawdry end to the proceedings. With the first light of day they would drink coffee at a nearby square, where the morning breeze brought in the scent of jasmine. Then they'd go off to sleep: the blind musicians would walk away, one behind the other, a walking stick in their right hand, guitars tucked under their left arms. No one knows how low El Cojo might have

sunk, because one night in June a group of euphoric revelers took him, to amuse themselves, to Motril and left him there, as a prank.

As he walked around the town, which he did not know, his path crossed with Rafaela's and, being not unattractive, he did not have to insist much to have the young girl take notice. He stayed on. "What brought you here?" the girl would ask. "Horse trading," he would answer, which seemed to satisfy her. He continued to make a living as best he could. There was always some place to sleep.

One night, when he was selling his services to out-of-towners, he was recognized by one of the prominent landowners, Don Manuel Hinojosa.

"Where's that great voice of yours?"

"That's a thing of the past, Don Manuel."

"What are your plans?"

The *cantaor* shrugged his shoulders. Don Manuel was always generous in his cups. In a quiet spell, while his friends were upstairs, El Cojo was saying something about the girl, and the gentleman suddenly shot out:

"Want a job?"

We shall never know what quirk of his inebriated soul thus tapped the flow of his philanthropy. That very morning he had refused to lease the land with its ramshackle house to several peasants to whom he owed some electoral favors. Now, unexpectedly, in a fit of vague and warm optimism, it pleased him to turn that erstwhile witness of his dissolute past into the laborer of his lands. A gratuitous favor not, however, without strings.

"So long as you keep a few bottles and a guitar handy, in case we think of coming by..."

"The girl, does she come with the house?" asked El Cojo, sternly.

"No, man; you know me..."

True enough. The gentleman had a big circle of friends, he usually picked up the tab but his station in life demanded that he keep clear of certain contacts which he, apparently, judged not in keeping with his class. This air of superiority, as mediator in the revelries of others and arbiter of their pleasures, paying for their wine and even sometimes their women, caused him to be continually surrounded by a court of jesters who did not balk at the most demeaning adulation. He did not look on this circle of followers as men.

<sup>2</sup> A singer of *cante jondo* (deepsong), traditional in Andalusian folk music.

"She's a decent girl," El Cojo added with some shame.

The master burst out laughing. He was still hiccuping and belching when the mob of sycophants came down.

So El Cojo and La Motrilerá took possession of the place after the wedding. Work was hard, especially for him, who had forgotten the feel of a tool-handle and had never seen a plough. The wages, two-bits a day. He never complained but he turned sullen and his face grew somber, as did hers, who, as a loyal mate, grew to resemble him with time. Up to nine male and one female births was the hard tally of her labor. Of the nine, none survived: the youngest died when he was five, run over by a car which disappeared without a trace. The burials were the hardest work of all those years.

Far off to the right was Nerja. The pure deep blue of the water seemed to stain the sky. Over there was the Miel river. It was an abrupt coast, without the white trimming of foam: the sea lay still. Cliffs and rocks could look at their clean pediments lending their polychrome hues to the water. Boats, with their lateen sails, cut the water here and there: small boats, small fish, small life, poverty, under the monochrome sky. Terrifying sameness, dryness; only the geraniums break the monotony, thriving by the grace of God. Claypots sit on andirons, and women, crooked backs bent over, fan the coals. Cooked greens, gazpacho and too much bread. Day after day and year after year. Sugar canes shiver in the breeze, whining. If you look up, to the right, olives and esparto grass. Higher up, the sierra, between blue and purple. Below, a pervading dun, colorless gray, washed out green. Ahead you can sense Málaga, the hum of a forgotten life. Life weighs down on you, like the sun; it numbs. Work, sweat; sit on the rocks when they cast no shadow to await, under the nearest olive or by a merciful crag, the arrival of lunch, twin brother to yesterday's. No more does she remember the name of El Cojo than he hers. They hardly ever talk now; their eyes have turned small; what's there to look at? They live on in their own darkness. The Virgin of Sorrows presides over everything with her tender love.

Once in a while El Cojo looks at the girl. How has she grown? How have all those years gone by? Time is measured in vine stumps, olive trees, and reeds. The

measure of humans escapes him and baffles him. Her small breasts, which must be soft, bobble. The father cuts a piece of bread off the coarse loaf with his jack-knife and looks vaguely towards the low-lying village. Have eighteen years gone by? There is no answer. He looks at the furrow he has just cut. Will the master let him plant tomatoes? He has already refused, but El Cojo will insist and, if he is again refused, he will plant them anyway: the master never comes. He chews his meager ration with his white teeth. "I can't pay unless I plant tomatoes and the master frowns on it." "That's all right," he tells me, "for people who have just one miserable acre and have to get from it everything they need. I'm not in that class." Some crows fly by, cawing. "I'll have to go to Cerro Gordo . . ."

Some vague story about a splintered hub brought a John Doe to the door, a cart driver from Vélez-Málaga, a jabbering, lighthearted man. His very gabble lent him a certain charm. From then on, he would break his run every ten or fifteen days for a few hours rest at the shack. The lass took a fancy to him and he to her; nature took its course. The parents approved (assenting with a grunt and a shrug of the shoulders) and married them. She had been anxious to try what "it" was like. It was around Christmas, 1935. The girl left with her husband to live in Vélez-Málaga. The parents stayed behind, awaiting death. They would be buried in the paupers' pit at Nerja; it was far away—he had not been there for a long time—but, it'd be only once! The coming of the Republic caused hardly a ripple, though he heard about it; Asturias<sup>3</sup> had caused more comment from the son-in-law and from Alfredo, The Whiting, the muleteer who brought them the few things they needed. They dubbed him Whiting because sometimes, as chance would have it, he'd bring fish to sell to his customers. You could find everything in his wagon: clay pots, candles, sausage, toothpicks, bananas, fine-tooth combs, writing and decorative paper, soap and colored ribbons, saffron, pails, towels, hairpins, toilettries, brooches and mirrors, sewing kits and anything that had been ordered the previous week. El Cojo did not go along with all that stuff about the Republic and

<sup>3</sup> Rising of the miners of Asturias, in the north of Spain, bloodily repressed by African troops and Foreign Legion.



the revolution. That was not for him. There was an order to things. If that was the way they had been made, they should stay like that and there was no need to go looking for trouble. That was for loafers. He'd done his living, and he knew it. Let each go about his business and let well alone. The rich are the rich. We all know they are a bunch of fools. After twenty-five years, El Cojo still had the same concept of the world as when he lived in the promiscuity of the Málaga brothels. He could not imagine the world any other way. Deep down, he harbored a resentment against his mining comrades, whom he blamed for having ruined his voice, making all that powdery red dust that got into everything. The mother turned a deaf ear, wrapped up in her pregnancies and black clothing.

One morning, some day in August 1936, some men he hardly knew came from the village, shouldering shotguns.

"Salud."

"Hi."

"The Committee has assigned this land to you, from the fence over there to the ravine. Beyond that it will be Antonio's, the Woodman. You've been lucky; some people wanted to leave you out of the collective." And: "You'll have to come down and talk to the Committee." Then they left.

El Cojo shrugged his shoulders and continued leading his life as before, as if nothing had happened. One morning he bumped into Splayfoot.

"What are you doing here? This is my land."

El Cojo looked at him with contempt.

"Has Don Manuel sold it to you?"

"We'll see," said the man, and turned his back on him. They called him Splayfoot from the way he walked.

They took him the next morning between two shotguns slung across two backs. The barrels glinted in the sun. They walked down to the village, a good mile and a half. One of them on the right, said: "Frenchy's field looks good." The other assented, silently.

El Cojo was not thinking of anything in particular. He kept walking, realizing that his limbs welcomed the hike. "So what if they kill me. I haven't much left to live anyway. I've done more than my share of getting up, dressing, eating, working, sleeping. We've all got to go some day. Yeah, Frenchy's field was always good to

look at. I don't care if I never see it again. In any case, they're not going to kill me." A pebble got into his shoe; he bent his leg and got it out. The others waited some feet ahead.

"'Tio Merengue' should keep this a bit tidier," said The Gabber, the one on the right.

They soon came to the village. The Count's house was in a small plaza with six acacias circled by brick borders. It was a mansion graced by a handsome gate and two iron grilles that took up the whole side of the square. A triangular shadow falling on the ground seemed to point the way. The Committee sat in the entrance hall, amid walls lined with somber flagstones. A cooling breeze ran through it. On the floor, sat a plump pitcher, like a curled-up cat. There was a short wait. In the sudden change of temperature, the cooler air gave to the sweating bodies the feel of a frosted mantle.

"Hello, Cojo," said one of the men sitting around the table. "Sit down."

El Cojo did as he was told. He recognized, vaguely, the five men in the Committee; three wore T-shirts; the others were in shirt sleeves.

"They say you do not want the land you have been assigned."

El Cojo shrugged.

"Why?"

There was a silence and the biggest of them put in, scornfully:

"He's afraid of the Guardia Civil." <sup>4</sup>

Another said:

"He's been a scab all his life."

And El Cojo:

"That's not true."

The one in the center cut this off:

"You are a working man; you have tilled that land, you have a right to it, do you understand?"

El Cojo grunted. The fat man cut in:

"I am glad to tell you face to face, Cojo, like I said it some days ago at the Union hall. You are an ugly character and what we have to do with you is to make sure you do no harm."

"I haven't meddled with anyone."

The President spoke:

<sup>4</sup> Paramilitary police force, charged with law enforcement in nonurban areas.

"That's just it, for not meddling, for putting up with everything, for being a coward: that's why the world is in the fix it is. If we were all like you, masters would always be masters." Self-importantly, he added: "Ownership is stealing."

"I know that," replied El Cojo; "I'm not that stupid."

"Your ex-master, Don" stressing the appellative "Manuel Hinojosa has joined the rebels; we have distributed his lands, to work them for the good of the community."

By now, El Cojo could not understand anything. He felt like a drunk, with an unbearable weight on his forehead.

"And because we want every working man to share in the benefits of the reform, we have decided to give you your piece of land, forgetting that you have never wanted to have anything to do with us. At least, you have not been against us."

There was a pause. The President stood up:

"Do you or do you not accept your land?"

El Cojo bent down to pick up a toothpick he had dropped; then he stood up and said:

"I accept."

To which the President replied:

"On your way, then."

There was a heated discussion after he left:

"There'll always be time," said the fat one, sententiously.

El Cojo started for home, walking, hands behind his back, in a familiar attitude unusual for peasants and which had contributed to giving him the reputation for weirdness which he enjoyed, his eyes turned down, staring at the dust and the stones. "The land is mine; they give it to me." He stopped a moment. "They give it to me because I have worked it, without having to account to anyone. Sure; if I had not been there the land would just lie there, rotting. It's the work that's mine. Not the land; only what it gives." He stopped again. "But if I had not worked the land, they'd send me away and put someone else in my place. Then, of course, the land would belong to the other." He walked on, with a lighter step. "I could let it lie fallow, if I wanted." He laughed. "Without buying it, without inheriting." It surprised him to find he was thinking of his wife. "I'll plant tomatoes. Don Manuel always opposed it. He said it would spoil the grapevines. He was stubborn! Yeah,

tomatoes." He stumbled on a stone and removed it from the path.

It was a bit cooler. The wind came gustily from the sea, kicking up dust. "It's still too hot for the time of year. Wonder what day it is. I can't remember, but it is an important date. From today I'm a landowner." That word jarred, made him uncomfortable. He would rather forget it but it pressed on his mind insistently, like the pebble in his shoe. He would work harder. That was it, and he could do it. He'd start tomorrow. No, that very afternoon as soon as he got there. He walked faster. "They had told him . . . or hadn't that been mentioned? Didn't Miguel tell him that now he would be working for everyone?" He couldn't remember; all that talk in the hallway had left a blank. One thing only remained: he had accepted the land. But he understood that working for himself he was also working for all. Had he heard that somewhere? He could not understand it entirely, but he felt that was good and it put him at ease. He stood to look at the view; he had never done it before; he would never have thought to look at land he did not have to till. He was discovering the land; it looked beautiful in its unending travail. Some men in the distance hurt it as they tended it. He felt like running to get home sooner. He chided himself: "Enough foolishness," and he thought of something that had never crossed his mind: "If I were only twenty years younger . . ." There was a strange feeling in the air. He had a sudden craving for a smoke but he held back not to waste time. Before he realized it, he had reached the footpath leading to his shack.

The woman said nothing when she saw him. She looked at him and he averted his eyes. He saw—he had discovered so many things of late—that he had lost the habit of talk and that it was difficult, just like that, to give her the news. He froze in the middle of the room.

"What did they want with you?" she asked.

"Nothing," he replied.

He almost said: "They have given us the land." She, who was bending over something, stood still, expecting further words. But El Cojo remained silent and she straightened up slowly.

"Ah," she said. And they spoke no more.

He walked to the door and stood in it, motionless, staring out for a long time. There was dampness in the corners of his eyes. The budding tears, unfamiliar with



their role, just stayed there, drying in the cold air of the dying fall. The woman dragged a chair up and sat in the threshold. El Cojo thought of the men he had always ignored, anarchists, socialists, who now had given him land. A great love for them welled up inside him now. He could not disguise that his gratefulness was not disinterested, but he understood that, in spite of everything, that feeling was pure. He felt remorse for certain jokes, his contemptuousness. "Had I but known! How could I know? Who would have said? There was no one to explain it..." It was the woman who broke the silence, his and hers:

"What if the others came..."

He did not reply. They would not come and, if they came, no one was going to take his land away from him. It was his, he felt its life-giving sap rising from the soles of his feet. His, as his hands were his, or his chest: far more a part of him than his own daughter.

"Let them come," he said, and he sat on the ground.

As he crossed his hands over his knees he remembered his craving a cigarette as he walked up from the village and how he had forgotten all about it as other thoughts assailed him. Calmly, he took out his Ubrique<sup>5</sup> pouch, shapeless by now, frayed—he had bought it from the peddler ten or twelve years back—and deliberately started rolling a cigarette, tenderly coaxing the weed on the paper between the thumbs and guided by the index fingers; then pressed the edge of the paper slowly, after wetting it with a sideways movement of the head, left to right. He put it in the left corner of the mouth, lit the tinder at the first spark. He leaned back on the wall, inhaled deeply: the paper burned, the tobacco caught on, his mouth swallowed the smoke. It was his first mouthful as a man, the first cigarette he smoked with the full realization that he was alive. Softly, in his husky voice he began to sing deeply. A thousand noises from the earth responded: it was the silence of the night.

The days go by. El Cojo's thoughts ramble, as he sits on the terraced hillside, against a wild olive tree smoking flimsy cigarettes, misshapen like his fingers. The sun filters between the pods of nopal growing on the edge of the next terrace.

<sup>5</sup> Small town known for its fine leather industry.

"The vine shoots that I planted three years ago and have grown so well... those belong to me much more than the others. There's no argument, since Don Manuel did not even know. He would not see me, two years ago, when I went to tell him." He breaks off a tendril, puts it in his mouth and chews, savoring its acid taste. Then he lowers his hand to the ground and feels the dirt: it is hard dirt, difficult to break, dry, "a bit like me," he thinks, and is overtaken by the thought of a rich, lush land, teeming with sprouting wheat, gravid with fruitfulness, bursting full. He strokes it, crumbles it in his hand, rubs it as he would the hind quarter of a lustrous horse. He feels the comfort of the tree at his back, protecting him. He longs to go get lost in unknown paths and open ranges, but the thought suffices. A thicket of brush grows sheltered by the retention wall. He touches it with his foot and tries to bend the stalks. The earth seems to flood everything—grass, tree, stones; he feels it rise into him also: "It's up to my waist now, my heart, I'll go mad when it reaches my head."

Everything turns velvet at sundown. El Cojo walks back, hoe slung over his shoulder. He comes across Splayfoot: "Hi." "Hi." Ten yards off, he turns and asks:

"Say, where can I get a shotgun?"

"Ask the Committee."

He went.

"What do you want?"

"A weapon."

"What for?"

"Just in case..."

"There aren't enough for the war."

"Too bad."

And he went back to his land.

One morning, his daughter turned up, with an eight-month belly.

"Where's your husband?"

"In Jaén, driving with the battalion..."

"You O.K.?"

"Sure."

"That's good."

The mother gets busy:

"They say they're coming."

"Yes, moors and Italians."

"Where are they?" asks the father.

"By Antequera."

"That's some way off still," says he. "They won't get here."

"I don't see why not," says the mother.

The father looks at her, silent, but almost says: "Because the land is mine."

Mother and daughter spend the day on the slope where the road has been cut asking every living person that comes by. Motorcars come and go. Soon, more are traveling east than west. The days go by . . .

"Aren't you cold?" the mother asks from time to time.

"Don't worry, mother."

They hardly know what they are waiting for. There comes a donkey now, a woman with a child riding it. Behind, with a stick, a peasant with an old homespun cape, black in its day but weathered green. As they go by, the women call:

"Where are you from?"

"Estepona."

"Are they coming?"

"So we've heard, and they burn everything."

Soon they get lost in the distance. Way below, El Cojo will not leave his vineyard. The road is coming alive, like a stream. Bit by bit the flow has grown. First, in groups; now, like a parade. As the numbers grow, more and more join them. You can be indifferent to a demonstration, but not to an army. Next morning, El Cojo went to the road and stood there a long time watching the caravan. They came in islands or in archipelagos, grouped behind a barrow, or a pack animal. Soon it got to look like a river. Men, women and children of all ages and in assorted clothing, in such numbers and disarray, they became an amorphous mass. The only thing you noticed was their deadened faces. Browns, grays, greens vanished against the fatigue, the fear, the sleep reflected on the folds of their cheeks; even the children looked old. Shouts, noise, words, curses, all merged in the pandemonium of the gigantic living mass, dragging on. El Cojo looked on in bafflement, unable to make a decision, cursing the evil spirits that had brought the world to such a pass. The older men carried the children; women bent under impossible loads, their tanned faces creased by recent anguish, eyes reddened by the dust, disheveled, panic-ridden. Some children attempted to play with the gravel by the roadside, only to be defeated by their own pres-

ent and future exhaustion. The dull clamor would cease suddenly, giving way to a terrifying silence. Even the squeak of wheels was dampened. Pack animals would sink their heads then as if the collars were made of lead. The dirt on the copper studs of the blinders betrayed the long time wasted in the flight. Men pushed vehicles in that last climb; hand barrows rested. As they reached the brow, women readjusted their load and looked back. Babies demanded their milk, the wails of one waking the other. A woman, intent on carrying a bundle under one arm and her child astride on her waist, held by the left, gave up one hundred yards beyond. She sat on the bundle, crossed her hands over the black skirt, let pass six hundred feet of that somber chain welded by fear and by the weight it packed, got up and started walking again, dragging the bawling child: "I'm tired, I'm tired." A few cars began to show; two panting trucks surged up in low gear; as they topped the crest they declutched and engaged high: the silent interval between gears was like a farewell to the sea. Now and then you could see bandages on some wounded, the red and black of the F.A.I.<sup>6</sup> Terror turned to death, the rows of people into throngs. El Cojo went to the house and said to the women:

"You have to leave."

"What about you?"

"I'll stay."

They did not resist, and, with a bundle of clothes, joined the throng. They were impelled by something that forbade protest, fleeing by instinct, because they guessed at the approaching catastrophe; it was an unnatural force, a mass under which they would perish, an earthquake that one should avoid at all costs even if the attempt cost them their life. "My father, who lived in Ronda . . ." "They shot him, just like that." "They leave nothing standing." "And they came and they robbed . . ." You heard people retelling events; no comments, save for an odd "God help us" that came, angrily, out of some toothless old woman's lips. Motorcars opened a swath among the sea of people by the loud blaring of their horns; the crowd parted with rancor. Nobody ran, but shouted angrily back. The vehicles ran into thick human clusters that braked their

---

<sup>6</sup> Federación Anarquista Ibérica, the anarchist party.

progress. One tried to push through and the discord ended in shooting. People converged thickly on the car. A man, standing on the running board, a rifle slung across his back, pistol in hand, was shouting: "Comrades..." Unbraked, the car rolled back and sank softly into the embankment. The man cursed and joined the walking mob. The dead driver slumped over the wheel.

Beyond the bend the multitude felt safer, as they lost sight of the sea. They slowed down. You could see groups of people lying by the roadside. El Cojo remained standing, observing the awesome parade. Some people from the village went by and spoke to him:

"Coming?"

"No."

"They're practically here."

"If you gave me the land there's a reason. I'm staying."

They misread his thoughts, but one said: "Leave him alone," and went on.

The throng was thinning out. El Cojo decided to return home. The temperature was ideal. The land fell from terrace to terrace to the salt ponds, cloaked in a translucent dimness. He found three militiamen near his shack.

"Hello, salud."

They heard a plane engine; it must have been flying low but they could not see it. A score of men lying behind the low retaining wall raised their heads. Now the plane could be seen over the sea. Its right engine was on fire. It tried to stabilize, but fell to the water. Simultaneously, two flights of eight aircraft nosedived towards the spot, strafing the victim. Then they flew on to Málaga. Firing was heard in the distance.

"If we had a few more... we'd hold them here."

"Against their wishes?"

"Don't talk nonsense. Blázquez assured me that a detachment had left Jaén day before yesterday, and that three thousand men have arrived in Guadix from Lorca. Some had already left from Almería."

"I don't think..."

"Shut up!"

The speaker seemed to enjoy a certain ascendancy over the others. He asked El Cojo:

"Have you got water?"

Then, in a different tone:

"It's for the machine gun."

El Cojo said he had and then, unbelievably, he heard himself add:

"If you have a rifle, I'm a pretty good shot."

"How can you tell?"

"I've done my stint."

"What party d'you belong to?"

"No party."

"Union?"

"C.N.T."<sup>7</sup>

"Since when?"

"A few months."

He said it without shame. One of the militiamen was from the village, and he cut in:

"He's an ornery cuss, a lackey of the former land-owner here. I wouldn't trust him with a rifle, except looking up the barrel. He might shoot us from the back. I wouldn't trust him."

The other man asked:

"Whose is the land now?"

"His."

"Which land?"

"This one."

"Give him a rifle." Then to El Cojo: "You come here, next to me."

He deployed the men along the terraces looking down on the road and went to place the machine gun a hundred yards higher up. He sent a message to another detachment that, as he said, covered their right flank.

"You, on the plowed fields, keep as low as you can. What's the distance from here to the road?"

"Roughly a mile."

"Set your sights on fifteen, then."

As he saw El Cojo was having trouble, he set them for him. They waited. The road was now empty: only an upturned truck, an upended wheelbarrow, its wheel still turning in the air. Artillery shells began falling to the right. There was the scent of thyme. El Cojo was startled; he noticed that his muscles shivered, and could do nothing to stop it. But he was not frightened. The howitzer shots came with regularity. He started to count between shots, to see how long they took. He got all confused. He tried to sink further in the dirt. Seen

<sup>7</sup> Confederación Nacional de Trabajo, the labor federation of the anarchists.

that close, even the tiniest cracks held astonishing things; the grass turned into jungle; some dandelion plants nearby looked like fantastic monsters. The olive tree to his left, suddenly immense, protected him. That left a concrete impression. He fired three times at something that moved in the distance and shot off the bud of a daisy. He was discovering two new worlds: he thought of peace and felt the ground with his patting hand. He unbolted the rifle and reloaded faster and more efficiently than before. His comrade to the left looked at him and laughed:

"Feel good?"

"Great."

A few stray bullets broke some twigs high in the tree. The machine gun to the right started barking. Far off, a second one joined in.

"They won't get beyond the bend," said his comrade.

Miles behind them, on the road, the exodus went on. Rafaela and her mother formed part of the amorphous mob.

The only vertical lines on the plain were the telegraph posts. At the cry of "There they come," the crowd dispersed. Only their objects remained on the highway, and a wailing baby. A flight of pursuit planes flew over, hugging the ground, strafing as they went. You could see the pilots, so low were they. There were few wounded, but much crying; some dead animals were thrown into the ditch. The march resumed, under the terror. A woman died for no reason. Some able-bodied men ran, heedless of others. Motorcars caused irrational hate. Rafaela was getting up with difficulty. Her anguished mother looked at her:

"Does it hurt?" she asked.

Rafaela had stuck a handkerchief in her mouth and did not reply. "They're coming back!" Rafaela, in her pain, could not heed the warning of an old man, who yelled:

"Lie down, lie down!"

Holding on to the telegraph pole, open-legged, she felt the tearing of her entrails.

"Lie down, daughter, lie down!" whined her mother, on the ground. Rafaela, standing, biting the rag in her mouth, was giving birth. She felt as if her body was hacked in two. The swift, terrifying din of planes, machine guns, a few short feet above her. It must be a

great acrobatic game for them. Rafaela felt only her labor. She got five bullets in the back and had no time to know. She was conscious only of losing her grip on the log and everything turned soft and easy. She said "Jesus!" and fell, dead before her body touched the ground.

The planes had gone. There were prostrated bodies whining; others, still and noiseless. Far off, a crazed child ran across the field. A mile below, the dark flowing mass began to move again. Ambulances tried to move against it. On their sides you could read: "The Swedish people to the Spanish people." They found the dead mother and heard the sobbing of the newborn. They cut the umbilical cord.

"Is it alive?"

"It is."

Someone who limped up, a bullet in his foot, said: "I knew her. Her name is Rafaela. Rafaela Pérez Montalbán. I am the court clerk. She wanted a girl."

Someone said: "She got her wish."

"And she wanted to call her Hope."

"Why not?" somebody else put in.

El Cojo pressed himself further into the dirt, feeling his waist and his stomach and his thighs resting against it, his left elbow nestling in the red earth. He aimed his rifle between two brownish rocks, no higher than his head, serving as embrasure. The rifle sat firmly on his shoulder as he took careful aim. The recoil of each shot dug into his shoulder and through his body rebounded on the ground. He felt the land was grateful. He felt safe, protected, invulnerable. Each bullet carried a message to its target: "Take that. Take it and learn." The afternoon wore on. The bursts of the machine guns continued. His comrade said:

"You stay there."

The shooting was thinning out. El Cojo looked for a word and could not find it: he was defending his own, his sweat, the vines he had planted, and was defending it directly, like a man. El Cojo had never known that word, nor had he thought that it could ever denote possession. He was happy.

## QUESTIONS

1. Comment on the devices that the writer uses to convey the notion of a new dawn for El Cojo.